



Domínguez, Nora. "La crítica literaria feminista como acto de subjetivación".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, noviembre de 2021, vol. 10, n° 23, pp. 24-33.

La crítica literaria feminista como acto de subjetivación

Feminist literary criticism as an act of subjectivation

Nora Domínguez¹

Recibido: 15/08/2021
Aprobado: 04/10/2021
Publicado: 08/11/2021

Resumen

Este trabajo sigue el recorrido crítico desarrollado en diferentes artículos de producción personal relacionados con la reflexión sobre el estado de la crítica de género en su articulación con la literatura. Plantea cómo los modos de leer de esta crítica se vinculan con posiciones de sujeto y formas de subjetivación de las diferentes instancias subjetivas que intervienen. Una segunda parte se refiere a la producción crítica y teórica de Nelly Richard para situar debates específicos como el de "escritura femenina" y destacar que su persistencia o retorno revela cómo las apropiaciones colectivas producen una politización de determinados términos.

Palabras clave

Crítica literaria; feminismo; América Latina; modos de leer; escritura femenina; subjetivaciones.

Abstract

This work follows the critical path developed in different essays of personal production related to the reflection gender studies and its articulation with literature. It proposes how the ways of reading are linked to subject positions and forms of subjectivation relatives to different subjective instances. A second part refers to the critical and theoretical production of Nelly Richard to locate specific debates such as that of "feminine writing" to highlight that its persistence or return reveals how collective appropriations produce a politicization of certain terms.

Keywords

Literary criticism; feminism; ways of reading; feminine writings; subjectivations.

¹ Dra. en Letras, Profesora consulta UBA. Fue Directora del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género entre 2010-2017. Actuó como profesora visitante en diferentes universidades del país y del exterior (Duke University, Universidad de Chile, Universidad de Leiden, Universidad de Toulouse, Autónoma de Barcelona, La Coruña, Oviedo, Granada, Valencia, Universidad Hebrea de Jerusalén. Ha publicado *De dónde vienen los niños. Maternidad y escritura en la cultura argentina* (2007), *El revés del rostro* (2021) y diversas compilaciones sobre escritoras argentinas. Co-dirige *la Historia feminista de la literatura argentina*, un proyecto colectivo en cinco tomos de la Editorial EDUVIM. Contacto: noradominguezr@gmail.com



Los intrínquilos que han desvelado a los estudios de género en sus articulaciones con la literatura siempre cifran un problema de lectura que ya forma parte de un lugar común. Es decir, una esfera de acción donde los modos de leer, desde el comienzo de esta relación, afectaban e incluían a contendientes variados: aquellos que desplegaron aparatos críticos para arribar a sentidos inéditos versus otros que evaluaban los pormenores de sentido de esas lecturas para menoscabar sus resultados. Estos últimos lanzaban en sus detracciones estereotipos de lectura. Sí, estereotipos de lectura: la crítica de género es sociología pura, es denunciante y reductora, no lee los sentidos densos ni los excedentes del discurso literario porque impone corsés que limitan las expectativas de lectura y no advierten el carácter inacabado y opaco de los textos. Esos sentidos, sin duda molestos, que abrían los lentes del género podrían haber sido parte de aquellos sobrantes a los que no se quería ver o seguir.

Porque si el corazón de la crítica literaria son las preguntas que encauzan los modos de leer, en sus apariciones históricas y en sus modulaciones situadas, cuando ellos se empalman y cruzan con la crítica feminista, aluden a las posiciones de sujeto y sus perspectivas de análisis, a los procesos de subjetivación sean textuales o críticos, a las divisiones y divergencias entre miradas y valores culturales, a las particiones y deslizamientos del yo que entran, salen o se ocultan de las historias o el poema. Cuando se hace presente esta comunidad dispar de sujetos: los que escriben, los que leen, los que disputan o marcan distancias surgen una o varias incidencias subjetivas que son, sin duda, políticas y, que convierten a los problemas de lectura en politicidades históricas y cambiantes. Porque se trata de lecturas que, al mismo tiempo que afirman a los sujetos y todas sus formas de volverse otros o hacer y pensar con otros, los enreda, distribuye, opone entre sí, confronta. Siempre se le enrostró a los discursos del género que, dedicados a observar esa lucha entre sujetos, olvidaba o descuidaba la especificidad de lo literario. Un carácter que la literatura y el arte fueron disolviendo principalmente en la segunda parte del siglo XX hasta hoy que obedeció a múltiples causas. Sin embargo, esta transformación no me llevó en mis recorridos personales como crítica y docente a desatender los rasgos formales que se asociaban y desasociaban con esos otros sentidos que arte y literatura movilizan y mantienen en tensión. “Se trata de buscar en cada obra, la articulación de singularidades formales y de paradigmas antropológicos” (337), expresó Didi-Huberman. Es esta materialidad estéticamente ensamblada que es, cada vez, una articulación singular, la que siempre intenté poner en marcha como trayecto de lectura.

El entre de la crítica

Voy a referirme a tres momentos de escritura crítica en los que me interesó leer y palpar ese estado de la crítica literaria y de los lenguajes del género para, de acuerdo con un itinerario de autorreflexión, determinar las preguntas que me planteé responder. Luego me detendré en algunos aspectos de la obra de Nelly Richard para situar algunos de sus aportes no solo como los temas de interés que sus libros recorren sino como entramado conceptual que sella una original producción.

En 1998 escribí “Reflexiones finales. Acerca de la crítica”, un artículo que cerraba una compilación de trabajos que organicé con Carmen Perilli. Me había propuesto situar algunos dilemas alrededor de un espacio de articulación: los estudios de género y la literatura latinoamericana que ya había dado los mejores trabajos que habían fundado el campo. Contribuciones críticas señeras que sentaron las bases y direcciones de este tipo de crítica en

cada contexto nacional. Me refiero a los libros de Francine Masiello, Jean Franco, Doris Sommer, a los artículos de Josefina Ludmer, Sylvia Molloy, Nelly Richard y muchas otras. Era un momento que coincidía con la primera década de institucionalización interdisciplinar en las universidades nacionales durante la postdictadura, con una apertura de recursos estatales que generaron becas para jóvenes graduados que podían de esa manera encarar doctorados y que tuvo, como consecuencia, la expansión de una serie de líneas temáticas, núcleos de indagación que ensancharon y fortalecieron la producción de conocimiento en este campo. Al mismo tiempo se sucedieron jornadas y congresos que alentaron la fabricación de ponencias, en los dos sentidos en que podía discurrir cada fabricación: como reproducción anodina de una fórmula tautológica, según el modelo contra el que advertía Ludmer y siempre compartí, o como pregunta que se lanzaba para dar vuelta los bloques y planos de su propia fabricación. Esta situación favoreció el descubrimiento y movilización de zonas literarias que no habían sido recorridas, leídas, evaluadas y posibilitó que la obra de muchas escritoras recibiera una atención diferente a la luz de nuevos presupuestos de lectura. El tema cautivó a una parte minoritaria de las audiencias de las carreras de Letras que lograban interesarse por la escritura de mujeres, un poco al costado de las normas hegemónicas que reproducían las materias y programas. Y si bien éramos pocas las que nos ocupamos de estos temas allá por los 90, fueron los estudiantes de estas carreras en los comienzos de siglo y hasta hoy quienes fueron produciendo la verdadera transformación de estos estudios. Lo hacían solicitando seminarios específicos, imaginando innovaciones institucionales para modificar planes de estudio, armar cátedras e imaginar la transversalización de la perspectiva de género en los programas de las materias existentes.

Sobre este trasfondo de cambios latentes de la institución universitaria se sucedieron los giros de un campo de saber, movilizado y diverso, que se abría a diferentes relaciones. Por lo tanto, a diferentes preguntas. En “Reflexiones finales. Acerca de la crítica me preocupaba situar una serie de marcas, como la lectura del doblez, que servía para tensionar esas relaciones entre campos (los estudios de género y la literatura latinoamericana), abrir el espectro con otras conexiones y evitar en todos los casos los riesgos de las tautologías. En el artículo de Ludmer ese peligro se desvanecía frente al hallazgo de una operación crítica que situaba en la lectura de la treta una manera de producir una resistencia textual que era también simbólica, política y cultural. Francine Masiello, por su parte, había pensado a las mujeres como agentes dobles de la historia porque las identidades que forjaron siempre implicaban “una negociación compleja del campo semiótico” ya sea por intervenir en el siglo XIX en las arenas conflictivas sobre los debates liberales y el pensamiento republicano o en el siglo XX, activar “entre los programas progresistas y conservadores” y abrir espacios para reflexionar sobre las conexiones fallidas entre la sociedad civil y el Estado (253). Masiello planteaba en esas actuaciones maneras diferenciales de funcionamiento y ocupación de la esfera pública, duplicaciones de los modos de alzar la voz a través de la creación de revistas propias o creación de ficciones. Ella misma situaba una serie de operaciones de lectura, imágenes de acción doble que expresan también dobles direcciones que practicaban el mismo ejercicio de problematización y la acercaban a Elaine Showalter y su “discurso de doble voz”, a Mary Louise Pratt que hacía notar las batallas que ocurren en la “zona de contacto”, a Jean Franco que señaló el valor de la “lucha por el poder interpretativo”. Por mi parte, en el artículo citado di con otros nombres: Sigrid Weigel (la mirada bizca) y el análisis del discurso poético como una doble voz, formulado por Alicia Genovese. Más allá de diferencias y particularidades, los ejemplos apostaban de diversas maneras a una matriz de lectura del género y la sexualidad para pensar las acciones de las mujeres en la esfera pública, sus modos conflictivos de ingresar en las instituciones, aun cuando ellas fueran socialmente privilegiadas, y sobre todo para deconstruir las formas cristalizadas que los diferentes discursos hegemónicos dispusieron y acumularon a través del tiempo con el objetivo de ubicar asegurarse el lugar social de las mujeres. Esas herramientas que desplegaban modos de leer actualmente no tienen la misma efectividad porque se enfrentan a la

interpretación de otros corpus de análisis atentos, por ejemplo, a las figuraciones del presente que se ha vuelto un campo de análisis en sí mismo con premisas y conceptos propios. Pero, sin duda, las lecturas del doblez desarrollaron una productividad amplia y diversa que alcanzó efectos fecundos de interpretación que, además, deben ser atribuidos a un estado del campo en las designaciones teórico-conceptuales de ese momento. Eran acciones contundentes sobre textos, autoras e instituciones que practicaban un feminismo inorgánico en el espacio de la cultura atreviéndose a desmontar cánones, a escrutar con perspectiva de género las atribuciones jerárquicas de los sistemas literarios, a diseñar nuevas genealogías, reconocer gestos de olvidadas emancipaciones y a exhumar archivos o descubrir los textos fundacionales de determinadas líneas entre otras acciones posibles.

En 2013 presenté un *Dossier* “Cuerpos y escrituras. El género como pregunta” en la revista *Boletín* del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la universidad de Rosario con trabajos que indagaban diferentes objetos. Me planteaba rodear y desacomodar cualquier perímetro que pudiera tenderse sobre el género con nuevas preguntas. Diferentes estrategias de lectura sostenían estos nuevos desafíos críticos que continuaban punzando el corpus de la “literatura de mujeres”: la crítica como una puesta en marcha de operaciones donde los temas cristalizados como el amor y la transgresión femeninos se movilizan frente a nuevos debates y preguntas y son resignificados en su contacto con otras textualidades en los poemas de Marosa Di Giorgio; la crítica como placa de ajedrez que recoloca las piezas que no habían salido a la luz en la exploración de archivos previos de María Rosa Oliver y pueden probar con otras respuestas a las urgencias políticas desempolvadas; la crítica como sistema valorativo de los textos menos leídos de Sara Gallardo que redireccionaba tradiciones de lectura sobre un archivo de autora y de esa manera justificaba las imaginaciones públicas de las que esa escritora fue objeto y sus posibles relaciones con otras propuestas literarias. La crítica iba tomando a su favor distintas flexiones del género, según la había denominado Sylvia Molloy para “liberar” zonas poco exploradas, ocultas, dispersas e intermitentes para indagar espacios intocados, como el conjunto discursivo y social de la Revista *Sur* y observar allí las retóricas del deseo como marca de negociación cultural y política que se anudaban a cuerpos, ficciones y ensayos. Pero la crítica podía también leer los mismos textos desde nuevas perspectivas que mapearan sexualidades y deseos normativos apuntando a un desacomodamiento de lo humano y sus alteraciones a la luz de las aristas teóricas que aportaban las claves biopolíticas que ponían la disolución del valor de lo viviente como problema a dilucidar, incluso en la literatura. Un trabajo sobre el giro animal en ese *Dossier* daba cuenta de esos desplazamientos teóricos.

En el más allá de ese *Dossier* se sucedían grupos, firmas, discusiones que habían ampliado el espectro de los cuerpos intervinientes e interrogados en sus múltiples retóricas del aparecer afectivo, como los sujetos gays o lesbianos, en principio, que sostenían el discurrir de ficciones y alentaban las discusiones de la teoría *queer*. Un campo que se venía abriendo política, filosófica y culturalmente y que iba trenzando deudas y reclamos entre las líneas feministas y las de las disidencias sexuales. La reunión crítica ponía en escena también los estratos conceptuales que marcaban ese momento de los estudios de género con giros que desplegaban novedosas perspectivas críticas. Me refiero a una mirada problematizadora del plano afectivo, dimensión que había sido parte de los análisis sobre las identidades sexuales y textuales en los comienzos de este campo a través del desmontaje de dicotomías como razón versus emociones, adjudicada mecánicamente a lo femenino y que servían a los diagnósticos sobre las sociedades textuales que leíamos. El giro afectivo, de apuestas diversas y entradas multidisciplinares, impulsaba una formulación teórica que limaba las viejas oposiciones entre público y privado o sentimientos y racionalidades al proponer la consideración de los afectos como políticos.

Otros territorios de intervención

Progresivamente desde 2015 hasta hoy escribí una serie de trabajos que aparecieron en diferentes revistas académicas o fueron parte de libros. De algún modo mi deseo de intervención y mi escritura fueron invadidos por la llegada de la marea feminista, por sus empujes performáticos y corporales, por los avances de discursos y lenguas recién estrenadas. Empecé a usar un vocabulario que hablaba de “escrituras de la urgencia”, de acciones colectivas, que miraba con atención las relaciones entre tomas de la palabra y ocupaciones de nuevos espacios, que advertía que la producción literaria, estallada en nombres, formatos y textos, caminaba al lado de una producción teórica lúcidamente formulada. Esas sexualidades que ya venían siendo politizadas por décadas de lucha se cargaban de estados afectivos que tienden hacia lo común y hacia una invención de lo público, donde los enunciados encuentren sus propias inteligibilidades. Dice Gabriel Giorgi: “Y ahí se despliega también el laboratorio de escrituras que viene desde lo femenino y desde los feminismos; una feminización política de cuerpos y de mundos que es la potencia transformadora más nítida del presente” (113).

Creo que fui feliz mientras veía que los espacios desconectados lograban conectarse con nuevos conceptos, que algunas dicotomías saltaban por los aires, que lo personal o singular se derramaban en lo colectivo, que el carácter silencioso y privado de la lectura y de la escritura se hacía trizas frente a las irrupciones performáticas o los poemas pronunciados en la calle durante las marchas multitudinarias. También se volvía potencia la idea de que la teoría podía generarse y producirse en las calles mientras que los grupos de la avanzada activista se inspiraban en lecturas teóricas. Un hervidero de propuestas nuevas, una ebullición. Porque una triple articulación interpeló siempre mi deseo y mi actuación cultural y pública. Se trata de la soldadura que arman y desarman literatura, crítica literaria y teoría; desde ese engarce miro y confronto al feminismo como definición política, producción teórica y desarrollo social. Por eso, también en este tiempo presté atención y, solo parcialmente, a esa importante producción editorial. Basta dar un paseo por las escrituras teóricas, políticas o sociológicas escritas por latinoamericanas en distintos países para verificar esta proliferación de títulos que en sus diferentes vertientes abren un espacio de reflexión dinámico, de alta densidad teórica, multidireccional, que piensa cada dimensión de la experiencia, genera un incesante y acalorado haz de debates hacia la sociedad en general, estableciendo diálogos ríspidos con los estados, y promueve debates encendidos entre las diversas posturas feministas. Un espacio público transformado, convertido en un renovado territorio de intervención, ocupado por la experiencia de los cuerpos, los ruidos de las lenguas y la intensidad de los afectos que ofrecen una versión crítica y performativa de los modos de actuación que afectan el régimen neoliberal de los cuerpos.

Esta época de feminismos masivos y callejeros pone de relieve que la literatura, en tanto práctica cultural y en algunas de sus versiones, decididamente exhibe otras fachadas, y los conceptos centrales que antes rodeaban a cuestiones relativas a la autonomía o a la especificidad hoy se apropian de nociones que trabajan perturbando esos sistemas cerrados. La crítica como diálogo y puesta en crisis de saberes renueva esta condición en cada coyuntura y también participa del carácter performativo de los discursos y el pensamiento. Plural, polémica, atenta a los impulsos de la vida se reorienta hacia otras lógicas relacionales que puedan estar anticipando o acompañando lo que viene. Una cita de Nelly Richard afirma esas potencias:

Las luchas, también las feministas, se renuevan tácticamente en base a diagramas de movilidad, desplazamientos y emplazamientos: unos diagramas cuyas líneas de pertenencia, identificación, orientación de sujetos e identidades varían según las aperturas de contextos que evitan la fijeza del significado mujer y la clausura del feminismo en una posición fija e inamovible. (“La insurgencia feminista...” 80)

La rueda conceptual feminista

En general, las escritoras fueron durante el siglo XX reacias a ser ubicadas dentro de un nicho editorial de “escritura femenina”, luego resistentes a ser consideradas dentro de un grupo de “literatura de mujeres” y, por último, muchas manifestaban su incomodidad a ser catalogadas como feministas. Desde hace pocos años el resquemor o la precaución se transformó en orgullo y todos estos términos desacomodaron radicalmente el tablero de las autodesignaciones. Los términos autora y lectora parecen haber abandonado sus condiciones solitarias y avanzar hacia identidades colectivas que buscan otros parámetros de comunidad y asociación.² Pero el tema retorna u ofrece aristas nuevas para seguir ocupándonos de él.

La crítica de género moduló desde sus comienzos las ideas e imaginarios sobre el signo mujer o la potencialidad de un femenino que, desde lecturas posestructuralistas se asumía como un estado de permanente transgresión o de mutaciones en devenires nómades. El atributo de femenina podía surgir en su condición conflictiva, sobre todo cuando estaba asociado a un modo de escribir definitivo o esencialista: ya sea porque se acentuaba o degradaba alguna marca de estilo para mimetizarla con un sujeto externo o porque una determinada inscripción de tonos o de intensidad corporal se permitía desviarla y situarla como “extraña”. Lo femenino podía acechar como una virtud que, para algunas autoras es mejor perder, como un horizonte esperable del relato gay, como algo que no encaja, como amenaza o deseo o como gesto a imitar. Lo femenino interpelado por el tándem que constituyen los actos de escritura y lectura es un sitio que puede recibir incesantes sobremarcas, efervescencias diversas de acuerdo con posiciones, escenas o lenguas concretas.

La escritura femenina o la literatura de mujeres siempre ha sido un espacio atravesado por diversos registros conceptuales a veces sin vectores de salida, otras de roces potenciadores u otras sometidas a esgrimas coyunturales. La escritura femenina como sintagma siempre me ha parecido un problema que había que definir en cada situación concreta que se la utilizara: atributo de heterodesignación patriarcal, mote de distribución de la institución literaria, nicho del mercado o superficie de transgresión textual y simbólica de un femenino que perturbaba el orden simbólico, tal como lo pensaba Julia Kristeva o Derrida; incluso cualidad que las escritoras desechaban por peyorativa, como señalamos más arriba. Siempre hubo en esos entuertos una deliberación sobre los géneros o sobre las instancias donde los géneros buscaban dirimir sus posiciones ante la ley o en el complicado mecanismo dado entre las identidades y las normas. Es decir, ante la ley del género o ante las normas de lo escrito que en ese pararse “ante la ley” se trenzan con las normativas de los géneros sexuales para deconstruirse en mutuo desacuerdo y poner a prueba diferentes repertorios de lectura. En la elección de objetos a partir de los cuales quise pensar mis diferentes libros o artículos busqué esta oscilación entre la reflexión teórica y la crítica textual, el gusto por las escrituras densas, a veces difíciles e incómodas, pero en las que percibía la perturbación de las normas del género y su enfrentamiento con las formas literarias, la búsqueda de lenguajes nuevos e inoportunos con ventanas inauditas para poder ver otros mundos.

En este proceso personal me han interesado de manera particular las potencialidades que Nelly Richard imaginó para la crítica literaria y feminista. Comparto con ella sus ideologías sobre textos y escrituras y las miradas complejas y politizadas que deslizó sobre la crítica como práctica política, como forma de intervención cultural y política ejecutada en diferentes ámbitos institucionales, en sus periferias y en sus márgenes y en las problematizaciones que estos términos instalan. En este sentido me interesaron los caminos teóricos que transitó y punzó en los que veo un recorrido que abarcó las tensas y complejas derivas entre lo masculino y lo

² Ver los debates que han mantenido las escritoras chilenas a través de las referencias bibliográficas de Lorena Amaro y Lina Meruane.

femenino como condiciones siempre fallidas y falladas de los lenguajes y prácticas estéticas o entre las estéticas travestis como desborde y los cuerpos disidentes como alteraciones inauditas que afectan las lógicas de los centros de poder. Desde su artículo “¿Tiene sexo la escritura?” de 1993 a “Mujeres sin comillas y mujeres entre comillas”, cuya primera versión fue leída en 2010 en el Congreso “Por un feminismo sin mujeres”, organizado por CUDS (Coordinadora Universitaria de Disidencias sexuales) con el título “¿Qué es un territorio de intervención política?”, Richard no dejó de pensar en un campo de diferentes y pensadas migraciones teóricas cuyo propósito principal fue erosionar los conceptos cuando tendían al detenimiento o la sustancialización.

Miguel Valderrama prefigura en un texto en el que asocia y piensa algunos artículos de Nelly Richard las superposiciones de la escritura y la lectura como formas de la revuelta, como dos instancias que se intuyen y esperan de manera que el crítico busca pensar, a través de su pormenorizado análisis, el sexo de la lectura. El autor señala que:

Toda escritura no es tal más que a condición de invocar o prometer la lectura. Toda firma no es sino una promesa de contrafirma, un autógrafo que no existe más que como función de una promesa de memoria, es decir, de repetición.... Y, sin embargo, esta teoría de la firma, esta especie de autografía lectoescritora que reúne y divide en el corpus del texto el cuerpo de la escritura y el de la lectura, es de igual manera *una teoría de la crítica como acto de subjetivación*. (destacado mío) (Valderrama, “¿Tiene sexo la lectura?” 46)

Más que detenerme en estos dones e impulsos del decir para reclamar, interpelar e inscribirse frente al otro-a ya sea escritor-a o lectora-a, que Valderrama analiza tan detalladamente, me interesa cómo el cuestionamiento de una firma con valencia sexuada, que es como Richard define en el primero de los artículos la “literatura de mujeres”, es sometida a una serie de deslindes e interrogaciones que va desintegrando las falacias de un sujeto externo y anterior a la inscripción de la firma como a las del cuerpo marcado en la letra y la página. Pero, al mismo tiempo, Richard ve en ese sintagma la contingencia necesaria de un colectivo en estado de hacerse ver y reclamar frente a una dictadura todavía en pie de guerra y que interrumpe con su acto colectivo de resistencia (las escritoras en las calles) el flujo dominante del estado represor. En la literatura explosiva de Diamela Eltit encuentra sobre todo pero no solamente, esos modos de hacer saltar los códigos ideológicos y culturales, los relatos familiaristas y el “renacer transexual de un sujeto que ya desmaterna y despaterna”, (Richard, “¿Tiene sexo la escritura?” 42). En ese mismo artículo, fundacional de su producción, Richard prematuramente nombra a ese “renacer transexual” (42) que anticipaba sus formulaciones posteriores y que no es solo escritura que copia, simula y transita sino política disidente y cuerpos en estado de cambio y alerta.³ Sus propios modos de pensar avanzan conectando zonas, punzando fronteras, retomando los flujos y alternancias de sentidos paradójales. Por eso su quehacer y práctica crítica acompaña también la marcha de las disidencias sexuales en sus apariciones callejeras, sus revulsiones performáticas o en sus insurgencias académicas. Es precisamente en ocasión de un encuentro organizado por CUDS que Richard desmenuza los alcances, riesgos y aperturas que puede significar el corrimiento de las mujeres como único sujeto de los feminismos. Por eso coloca en las comillas, que es el título que le da al artículo en una segunda publicación

³ Es una constante en el pensamiento de Richard la caracterización de la escritura travesti, como marca de los cuerpos, como parodia, como metáfora, como impugnación al patriarcado o a la dominación desde “Contorsión de géneros y doblaje sexual: la parodia travesti” (Richard, *Masculino/femenino...* 65) hasta sus trabajos sobre Las Yeguas del psicoanálisis. Gran parte de sus textos sobre el tema fueron reunidos en su libro *Abismos temporales. Feminismo, estética travesti y teoría queer*.

(“Mujeres sin comillas, mujeres entre comillas”), el subrayado de esa discusión sobre el colectivo “mujeres” sujeto a espacios de no exclusividad, pero tampoco de exclusión.

Me parece que hay en esas maneras de ir atando y desatando las marchas y contramarchas de una atribución marcada: femenina, de mujeres, *queer*, travesti, franjas de sentido que, en cada coyuntura histórica forjan el manojito de las inteligibilidades posibles. Recorridos que se pueden seguir en una pluralidad de textos críticos, en los libros y en los espacios de saber que exploró y relacionó (vanguardias estéticas, memoria, feminismo). En este proceso que es una experiencia de lectura y una puesta en escena de presupuestos y desarrollos conceptuales hechos escritura materializados en cada una de ellas, podría hablarse, tomando el término de Valderrama de una “subjetivación crítica”. Es en este sentido que, en el título de este ensayo, aludí a la crítica feminista que, como práctica cultural y política, podía convocar y concentrar una subjetivación. La obra de Richard contiene estas marcas: la condición del crítico o de la crítica como partícipe activo de un proceso de profundización epistemológica y política y un compromiso no solo con su propia subjetividad sexuada, aunque no sea nombrada, sino en tanto condición situada y forma de intervención, construcción de un pensamiento y una firma y, además, deseo de dar forma a saberes críticos que entablen diálogos intersubjetivos. El giro que plantea Valderrama que extrae del contacto entre su propia lectura y la producción teórica de Richard pone en escena y en vilo, para que sigamos pensando, cómo un vector crítico, una puerta de salida, puede dar lugar a una reformulación de aquellos conceptos que en su condición de doxa, cristalizaban la reflexión pero que, dados vuelta, asumidos como bandera de asunción colectiva pueden dar lugar a otros emplazamientos políticos. Si en “¿Tiene sexo la escritura?” el sexo no era sino un mar de posibles definiciones e intercambios, en “¿Tiene sexo la lectura?”, como parte de una figuración crítica y teórica, se vuelve una manera de situar y plantear otra línea de preguntas.⁴

El último libro que escribió Tamara Kamenszain, publicado unos meses antes de su muerte en julio de 2021, convoca a sus pares poetas a volverse “chicas” y probar con llamarse “poetisas”, como una manera de dejar de lado la vergüenza que el adjetivo había calado en cada escritora que debía autodefinirse. Propone una vuelta, un grito libresco, que no todas van a seguir porque prefieren seguir asumiendo la identidad que fue bandera “poeta” (Gigena, “¿Poetas, poetisas, poetises?”). Pero su propuesta, fijada en el librito de poemas reflexivos da un vuelco más sobre la autodefinición, inscribiendo el gesto político, de invertir y convertir la denigración en autoafirmación: “Por eso la poetisa que todas llevamos adentro/busca salir del closet ahora mismo/hacia un destino nuevo que ya estaba escrito/y que al borde de su propia historia revisitada/nunca se cansó de esperarnos. (Kamenszain, *Chicas en tiempos suspendidos* 14). El gesto de Kamenszain, poético, conceptual y político, es pensado desde el corazón y el centro de la literatura para inscribir efectos en un más allá, en el devenir feminista de la poesía que quiere volverse colectiva.

⁴ Incluyo la definición de Valderrama de esta lectura que practica Richard; “Es en ese entre medio, en ese *in between*, donde la lectura richardiana desata su pulsión mimética, dando lugar a descalces de códigos, a roturas de signos, a poéticas del desencaje. Ni dentro ni fuera, la lectura se constituye en ese quicio, en ese desquicio de nada y de todo, a que da lugar la contorsión travesti. La pregunta por si tiene sexo la lectura se revela así, finalmente, como pulsión escópica. Pulsión que es, primeramente, pulsión de cita, de cuerpos de citas, donde la lectura es siempre ya contrafirma de la escritura, de aquello que la escritura firma como borde sexuado de la representación, como ley del género” (Valderrama, “¿Tiene sexo la lectura?” 64).

Obras citadas

- Amaro, Lorena. “Cómo se construye una autora.” *Palabra Pública*, <https://palabrapublica.uchile.cl/2020/08/28/>
- Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo*. Adriana Hidalgo Editora, 2005.
- Domínguez, Nora. “Reflexiones finales. Acerca de la crítica.” *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*, de Nora Domínguez y Carmen Perilli, Beatriz Viterbo Editora, 1998, págs. 195-214.
- _____. Presentación Dossier: “Cuerpos y escrituras críticas. El género como pregunta.” *BOLETIN/17 del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*, diciembre de 2013, 1-13, https://www.cetycli.org/cboletines/5771bce93e-presentaci_n17.pdf
- _____. “Tiempo de mujeres.” *Recuperemos la imaginación para cambiar la historia*, Proyecto NUM, Editorial Madreselva, 2017, pp. 13-18.
- _____. “Acciones colectivas, actos reflexivos. Pensando la marea feminista.” *El lugar sin límites*, vol. 2, n.º 3, 2020, pp. 79-91, <http://revistas.untref.edu.ar/index.php/ellugar/article/view/447/445>
- _____. “Escrituras de la urgencia. Otra vuelta sobre arte, política y feminismo.” *Gualichos*, n.º 1, 2019, <http://revistas.filo.uba.ar/index.php/gualichos/article/view/3317/2220>
- _____. “Las potencias, las razones, las ficciones.” *Tramas feministas al sur*, de Debora D’Antonio, Karin Grammatico y Catalina Trebisacce, Madreselva (en prensa, 2021).
- Gigena, Daniel. “¿Poetas, poetisas, poetises? La actualización de un debate: opinan las escritoras.” *La Nación*, 4 de agosto, 2021, <https://www.lanacion.com.ar/cultura/poetas-poetisas-poetises-la-actualizacion-de-un-debate-opinan-las-escritoras-nid30072021/>
- Giorgi, Gabriel. “Hacer concha. Escrituras performáticas del odio y pedagogías públicas.” *En la intemperie. Poéticas de la fragilidad y la revuelta*, coordinado por Arnés, Laura, Lucía De Leone y María José Punte, en *Historia feminista de la literatura argentina*, dirigido por Laura Arnés, Nora Domínguez y María José Punte, Editorial EDUVIM, 2020, pp.107-118.
- Kamenszain, Tamara. *Chicas en tiempos suspendidos*. Eterna Cadencia, 2021.
- Ludmer, Josefina. “Las tretas del débil.” *La sartén por el mango*, de Patricia González y Eliana Ortega, Ediciones El Huracán, 1985, pp. 47-54.
- Masiello, Francine. “Las mujeres como agentes dobles de la historia.” *Debate feminista*, n.º 16, 1997, pp. 251-271.
- Meruane, Lina. “Construirse colectivamente. Una reflexión en torno al artículo ‘Cómo se construye una autora’ de Lorena Amaro.” <https://palabrapublica.uchile.cl/2020/08/28/construirse-colectivamente-una-reflexion-en-torno-al-articulo-como-se-construye-una-autora-de-lorena-amaro/>
- Richard, Nelly. “La insurgencia feminista de mayo 2018 en Chile.” *Papel Maquina*, 14, octubre de 2020, pp. 67-83.
- _____. “¿Tiene sexo la escritura?” *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Francisco Zegers Editor, 1993, pp.31-45.
- _____. “¿Qué es un territorio de intervención política?” *Por un feminismo sin mujeres*, CUDS, 2011, pp. 156-178.
- _____. “Mujeres sin comillas y entre comillas.” *Abismos temporales. Feminismo, estéticas travestis y teoría queer*, Metales pesados, 2018, pp.179-199.
- _____. *Abismos temporales. Feminismo, estéticas travestis y teoría queer*. Metales pesados, 2018.

Valderrama, Miguel. “¿Tiene sexo la lectura?” *Papel Máquina*, Año 12, n.º 14, octubre 2020, pp. 43- 64.